

Hay dos miradas: la del cuerpo puede olvidar a veces, pero la del alma recuerda siempre.
Alejandro Dumas

Opinión

EDITORIAL COLUMNISTAS · ANÁLISIS @OpinionET

FUNDADO EL 30 DE ENERO DE 1911

DIRECTOR GENERAL: Roberto Pombo. **Gerente General CEET:** Juan Guillermo Amaya.
CONTENIDO: Subdirector de Información: Andrés Mompotes. Subdirector de Opinión: Ricardo Ávila. Editor Multimedia: Darío Restrepo. Editor Jefe: Ernesto Cortés.
NEGOCIOS: Gerente de EL TIEMPO: Jorge Stellabatt. Gerente de Operaciones: Ubaldo Vidal.
Gerente Financiero y USC: David Matoses. **Gerente de Publicidad:** Jorge Carom.

www.eltiempo.com EL TIEMPO: PBX 2940100 Avenida calle 26 n.º 68B-70, Bogotá. **Línea de suscripciones Bogotá:** 4266000 - Línea nacional 018000110990. De lunes a viernes, de 6 a.m. a 6 p.m.; sábados y domingos de 6 a.m. a 2 p.m.
Línea de servicio al cliente Bogotá: 4266000 Opc. 1 2 - Línea nacional 018000110990. email: servicioalcliente@eltiempo.com **Condolencias:** PBX 2940100 ext. 5418. 3204900263 - 3213240774. **Clasificados:** teléfono 4266000. Línea 018000 110 990. **Redacción:** PBX 2940100. Fax 2940200. **Regionales:** línea 018000 111 077. **Publicidad:** PBX 2940100 ext. 3150. Avenida Calle 26 n.º 68B - 70, Bogotá Colombia

"COPYRIGHTS © 2019 CASA EDITORIAL EL TIEMPO S.A. Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular. Reproduction in whole or in part or traslation without written permissions is prohibited. All rights reserved"

Editoriales

El ocaso de un infierno

Es difícil calcular cuántas vidas se han salvado de lo que fue la calle del Bronx, en Bogotá. Pero una sola ya justifica lo hecho hasta ahora.

Hace tres años llegó a su fin la temida calle del Bronx, como era conocida popularmente. Eran apenas un par de cuadras colindantes con la Alcaldía Mayor y el Palacio presidencial que se habían convertido en el epicentro del crimen a escala nacional. Nunca se podrá precisar con exactitud cuántas vidas se perdieron en ellas, cuántos crímenes se cometieron, cuántos niños y niñas terminaron abusados ni cuántas familias las recorrieron palmo a palmo en busca del hijo o el amigo extraviado. Drogas, armas, trata de personas, robos y secuestros imperaban en este céntrico sector, sin que autoridad alguna se manifestara de forma contundente para ponerles fin.

La labor paciente de Fiscalía, Policía, Ejército, Alcaldía y, sobre todo, el arrojo del alcalde Enrique Peñalosa hicieron posible lo impensable: retomar el control del lugar, acabar con las oficinas privadas de los delincuentes que operaban allí y rescatar el mayor número de personas atrapadas contra su voluntad o llevadas por el vicio. Así comenzó el ocaso de un infierno. Lo que se vino a descubrir después fue danzante y ha dado hasta para escribir crónicas interminables y proyectar series de televisión.

No fue fácil. Nunca lo es tomar este tipo de decisiones cuando de por medio están seres en condiciones vulnerables y la institucionalidad se halla maniatada por decisiones judiciales que impiden trasladar a estas personas a centros de recuperación si no es su deseo. Aun así, de los más de 2.000 personas que iniciaron un proceso de rehabilitación con la ayuda del Gobierno, 618 siguen saliendo adelante. Una sola vida que se haya salvado de semejante ignominia es ya motivo su-

ficiente para justificar las acciones tomadas. Tres años después, las autoridades reportan una disminución de los homicidios en el Bronx y sus alrededores del 48 por ciento, así como una mejora en la percepción de seguridad entre comerciantes y residentes.

Desde entonces, el desafío se ha concentrado en abordar a quienes optaron por seguir en ese mundo y hoy se ubican en otras zonas como el canal de la calle 6.ª y algunos sectores del sur de la ciudad; en la tarea titánica de convencer a aquellos que aún se resisten a recibir ayuda y en la desarticulación de bandas criminales que han querido rehacer su industria criminal.

“

No es fácil reconstruir las raíces de una zona en donde imperó el crimen. La apuesta por dignificar el lugar nos compete a todos.

Lo que sigue ahora es una apuesta que debe comprometernos a todos los que habitamos la ciudad para que el Bronx se convierta en ese centro cultural y creativo que propone la Alcaldía y ha sido avalado por el Gobierno Nacional. Allí está prevista la construcción de una nueva sede para el Sena, para la alcaldía local de Los Mártires y de viviendas, además de toda una infraestructura que permita a los jóvenes emprendedores desarrollar allí sus proyectos.

Ollas como la del Bronx pululan, infortunadamente, a lo largo y ancho de la geografía nacional. Es un mal endémico fruto del "poder seductor" de las drogas, como decían ayer en un foro de la Universidad de los Andes, que termina afectando la dignidad de la persona y de su entorno social, razón por la cual se requieren todo un organigrama de atención, además de prevención hacia las víctimas de este flagelo y una estrategia que impida a los delincuentes la creación de nuevos refugios criminales.

Quitarle gasolina a la coca

Como lo registró este diario el lunes pasado, la Fiscalía General de la Nación entregó un estudio sobre 33 estaciones de venta de gasolina, ubicadas en 11 departamentos y zonas apartadas, plagadas de cultivos de coca, donde el combustible se vende a chorros, como si estuviese ubicada en una concurrida calle de Bogotá.

Basta ver el caso de cuatro estaciones de servicio en Tumaco, Nariño. Solo una de ellas alcanza a vender, según la Fiscalía, 1,2 millones de barriles al año. Las demás se quedan atrás por poco en el marcador. Recorde que Tumaco tiene unas 32.000 hectáreas de coca.

En Riosucio, Chocó, otra estación es próspera: vende otros 1,2 millones de barriles de hidrocarburo anuales, y está lejos de la cabecera municipal. Y en El Carmen, Norte de Santander -otra zona cocalera-, dos distribuidoras mueven el mismo volumen. Un 'bonito' negocio, pero al parecer hay pocos carros. ¿Blanco es, gallina lo pone, como se dice popularmente? Las sospechas parecen bien fundadas.

Están en zonas cocaleras, donde imperan a todo vapor las economías ilegales y producir un kilo de pasta de coca, según expertos, requiere 74,5 galones de gasolina. Y, por sí algo faltara, algunas de estas, como las de Nariño y Putumayo, gozan de beneficios tributarios para este combustible, pues se hallan en zonas de frontera.

El ministro (e) de Justicia y del Derecho, Juan Francisco Espinosa, dijo que hay zonas del país que concentran varias estaciones de servicio, pero no disponen de suficientes vías o su consumo no tiene relación alguna con el parque automotor.

El Gobierno ha puesto el dedo en la llaga y trabaja en la revisión y el control de este frente. Ojalá pronto haya resultados, pues quitarles las materias primas a los narcotraficantes, además de cerrarles los caminos a su mortal producto, es un golpe de mano fundamental. Si no hay producción, no hay venta. Así de simple.

editorial@eltiempo.com

Al calorito de la justicia



matador

No repetir

Más allá de si denuevoo ocurren 'falsos positivos', como denunció *The New York Times*, lo cierto es que hay suficiente evidencia para lanzar una alerta al Gobierno. Es una alerta de máxima urgencia porque se puede repetir la experiencia de hace diez años, cuando, con el propósito de exigir resultados a las Fuerzas Militares, se comenzó a evaluar el desempeño de las distintas unidades con base en las bajas causadas al enemigo.

La experiencia demostró no solo que los litros de sangre no eran un indicador efectivo para medir los resultados operacionales, sino que podían inducir incentivos perversos. Algunas unidades militares comenzaron a fabricar bajas de guerrilleros y paramilitares inexistentes de manera innecesaria; es decir, asesinaron a individuos que pertenecían a ejércitos irregulares en situaciones en las que era posible su arresto, para recibir reconocimiento y bonificaciones.

Lo que de verdad funcionaba para medir el desempeño de las unidades militares era su capacidad de retomar el control de las poblaciones y espacios geográficos que estaban bajo la autoridad o la amenaza de ejércitos irregulares. De hecho, un buen indicador para evaluar resulta-



Una estrategia distinta

Gustavo Duncan

dos era la tasa de homicidios porque obligaba a la Fuerza Pública a evitar violencia que llevara a la muerte de civiles. Se imponía el control del Estado por la fuerza, a la vez que se garantizaba la protección a los habitantes del lugar.

Ahora que ya no existe un ejército guerrillero tan capaz en el terreno militar como eran las Farc, mucho menos sentido tiene implantar una política de evaluación de desempeño basada en los litros de sangre. Nadie discute que las Fuerzas Armadas deban ser contundentes para neutralizar por medios violentos al Eln, las disidencias de las Farc y las 'bácrim', pero el centro de gravedad del nuevo conflicto no es matar por matar, sino terminar de retomar los espacios de control social y de rentas criminales de estos grupos.

De fondo, se evidencia el gran desconocimiento en la materia del ministro Botero. Una estrategia basada, en cambio, en el fortalecimiento de la inteligencia y la evaluación del control territorial por distintos indicadores que reflejen la capacidad de regulación social del Estado en relación con la de los ejércitos irregulares es la clave para alcanzar la paz en el posconflicto.

Un indicador obvio es, por supuesto, la capacidad de evitar el asesinato de líderes sociales.

La osadía de patear la lonchera

La conclusión más fácil es que como los Gilinski, que han sido afines al expresidente Uribe, ahora son los dueños mayoritarios de *Semana*; y como Daniel Coronell, columnista más leído de esa revista, es el mayor contradictor y denunciante de Álvaro Uribe desde el periodismo, a Daniel le fue cancelada su columna en *Semana* porque los Gilinski lo pidieron, luego de que este cuestionó a la revista por no haber publicado el informe sobre la directriz del Ejército que abriría la puerta a nuevos 'falsos positivos' -en un gobierno uribista- no obstante tener la misma información que sí publicó el NYT. Y, aunque esa conclusión fácil puede ser la verdadera, veo pertinente hacer análisis difíciles.

Creo que nadie que sea tan osado como para 'patear la lonchera' pueda ser tan ingenuo como para no calcular las consecuencias que esto pueda tener. Incluso creo que, en ocasiones, quienes se atreven a hacerlo quieren provocar su despidido para dar un mensaje de rechazo muy sonoro a algo que no comparten y que, en este caso, podría ser que el medio haya sido adquirido por un grupo económico y, además, afín al uribismo; o, quizá, anticiparse a un cierre de la columna en condiciones desfavorables.

No sé si este haya sido el caso de Daniel, y tampoco creo que esto mal *per se* que cuestionara el medio en el cual trabajaba; de hecho, también creo que las explicaciones de la revista sobre el caso en mención han sido insuficientes, pero, viniendo de uno de sus



Sobre Daniel Coronell y revista 'Semana'

Claudia Isabel Palacios Giraldo

columnistas -el más leído-, la crítica fue un jaque mate. A pesar de esto se le permitió publicar la columna... un 'fuego amigo' en medio de los muchos fuegos que *Semana* ya está recibiendo por no haber publicado la investigación sobre el Ejército, de estar en manos de un grupo económico y de la crisis generalizada de los medios.

Claro, si le hubieran impedido publicar la columna, el escándalo hubiera sido mayor, pero no es poca cosa que la hayan publicado. Me pregunto cuántos de quienes se han ido lanza en ristre contra *Semana* harían algo similar en posiciones directivas o en sus propias empresas. Tiendo a pensar que el análisis de la mayoría sería que todos los vinculados a una empresa -sí, empresa, ¿o de dónde quieren que salgan el sueldo de los periodistas y la plata para hacer investigaciones?-, y especialmente los que gozan de posiciones superiores, tienen la libertad de renunciar si

no comparten lo que en ella está pasando y que por lealtad y gratitud pueden hacerlo sin estallar una bomba antes de decir adiós.

No me cabe duda de que la columna de Daniel volverá más pronto que tarde en uno de los grandes medios escritos, así que no perderemos sus denuncias ni su rigor. Por eso, lo que ha pasado no lo lamenta por él, que bien ganado tiene el prestigio que le permite ser escuchado sin necesidad de medios tradicionales, sino por los reporteros y por Alejandro Santos, su director, pues han sufrido una derrota que mina la credibilidad del medio en el que trabajan y su ardua lucha por sobrevivir. Algunos dirán que la opción era hacer como si nada, o sea, ¿pretenden que no se le respondiera semejante crítica a Daniel Coronell?, ¿se hubiera sido otra osadía, especialmente si *Semana* no tiene más explicaciones de las que le dio a *La Silla Vacía* sobre no haber publicado la investigación que tenía.

Aprovecho lo sucedido para hacer un llamado a las audiencias, pues no sé qué tan conscientes son de su cuota de responsabilidad en todo esto. ¿Se han puesto a pensar que si afinaron su criterio a la hora de informarse, si dejaron de consumir y retransmitir *fake news*, desinformación y videos triviales y virales, o si pagaran por los contenidos periodísticos en vez de pretender que el buen periodismo debía ser gratis, los medios podrían sostenerse con la pauta publicitaria o con las suscripciones y no tendrían que estar buscando socios ricos que los liberen de la quiebra, y que, así no digan ni mu, invocan autocensura?